

SHERLOCK HOLMES

a la caza de

JACK EL DESTRIPIADOR



Arquímedes González

"Todos quienes emprendan la aventura de leer este libro, llegarán cumplidamente, y con avidez, hasta la última página", Sergio Ramírez, Premio Alfaguara de Novela.

Sherlock Holmes
a la caza de
Jack El Destripador

Arquímedes González

© Arquímedes González, 2017-2018

Website:

<http://arquimedesgonzalez.blogspot.nl/>

Copyright, 2017-2018

All rights reserved. No part of this book may be reproduced in any form or by any electronic or mechanical means, including information storage and retrieval systems, (electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise), without the prior written permission of both the copyright owner and the publisher of this book.

Todos los derechos reservados. Este libro no podrá ser reproducido total o parcialmente bajo ningún dispositivo electrónico incluyendo los de almacenamiento de información y medios electrónicos, mecánicos, fotocopias, grabación o cualquier otro medio, sin previo permiso expreso del autor y de la editorial.

**Prólogo del escritor Sergio Ramírez,
ganador del Premio Alfaguara de Novela 1998**

Arquímedes González, que pertenece a la moderna generación de periodistas nicaragüenses, aparece por primera vez como novelista y al hacerlo, entra también en la modernidad de la escritura inventiva sin tropiezos de principiante.

En *Sherlock Holmes a la caza de Jack El Destripador* hay dos elementos valiosos que se conjugan de manera eficaz, y son la historia nacional, y la imaginación vista desde la propia literatura clásica, no en balde los personajes principales son el presidente Evaristo Carazo, uno de los presidentes de nuestros célebres treinta años conservadores de la segunda mitad del siglo XIX, sometido aquí a la fragua de la imaginación; y el detective Sherlock Holmes creado por Sir Arthur Connan Doyle, pero que Arquímedes le toma prestado, junto con su inseparable amigo, el doctor Watson, para que viajen a la provincial Managua de aquella época en busca, nada menos, que de Jack El Destripador.

Es la novela escrita por un buen lector de la historia de Nicaragua, y de las novelas de Connan Doyle, y que habla por tanto, con conocimiento de causa, para juntar la histo-

ria leída con la literatura leída a través de la imaginación, que es donde se sitúa la novedad de esta novela.

Pero no se trata solamente de un experimento feliz. Así como el Sherlock Holmes que recorre las calles de Managua en busca de las pistas para atrapar a Jack El Destripador, resulta creíble porque sigue siendo un personaje de Conan Doyle, sólo que trasplantado al trópico centroamericano, el Coronel Evaristo Carazo es creíble desde su primera aparición porque está tratado como un personaje a veces ecuánime, las más de las veces arbitrario, austero, y a la vez matrero, que gobierna un país sumido en la oscuridad del atraso, al que alumbran las primeras luces republicanas.

Quien entre en las páginas de la novela *Sherlock Holmes a la caza de Jack El Destripador* se encontrará con un libro lleno de sorpresas. El primer automóvil que llega al país, y que termina descalabrado en manos del propio presidente Carazo. El encuentro de Sherlock Holmes con Rubén Darío en una cantina de Managua. El banquete de estado que el presidente Carazo ofrece al presidente Soto de Costa Rica, en fallida visita oficial, siempre el conflicto del río San Juan de por medio.

Y el fin de las pesquisas para hallar a Jack El Destripador, que el lector debe encontrar por sí mismas al final, ya que no me cabe duda de que todos quienes emprendan la aventura de leer este libro, llegarán cumplidamente, y con avidez, hasta la última página.

**Para mis hijas,
Klimeen y Charlotte**

Sherlock Holmes
a la caza de
Jack El Destripador

Arquímedes González

INDICE.

Prólogo del escritor Sergio Ramírez, _
ganador del Premio Alfaguara de Novela 1998

Sinopsis

I II III IV V VI VII VIII IX X
XI XII XIII XIV XV XVI XVII
XVIII XIX XX XXI XXII

Epílogo

I

Traidores derrotados

II

Jack El Sucio

III

La muerte de Jack

IV

Las cartas de Jack

V

Darío llega a Nicaragua

VI

La misiva de Holmes

VII

La estampilla del Momotombo

VIII

Jack El Destripador murió en Nicaragua

Sinopsis

En noviembre de 1889 Francis Tumblety, señalado como la persona vinculada a los asesinatos de varias mujeres en Whitechapel, Inglaterra, escapó en barco con destino a Nueva York, Estados Unidos.

Los policías enviados por Scotland Yard para capturarlo jamás lo localizaron.

Entre enero y febrero del siguiente año se reportaron las muertes de seis mujeres en diferentes ciudades de Nicaragua.

Sherlock Holmes a la caza de Jack EL Destripador es una novela histórica y policial que relata la llegada de Jack El Destripador a Nicaragua y también el arribo del detective británico Sherlock Holmes en su búsqueda.

El primer capítulo inicia con el ascenso al poder del presidente Evaristo Carazo. A su llegada a Managua, Sherlock Holmes se entrevistará con el poeta Rubén Darío, quien en enero del 89 había regresado de Chile. Desde la capital nicaragüense Holmes, junto con su compañero John Watson, iniciarán la cacería del asesino más famoso de todos los tiempos.

Este libro fue publicado en el 2002 con un tiraje de 4,500 ejemplares. El libro fue reimpresso en el 2005 con un tiraje de 3,500 ejemplares.

En el 2005 el detective británico Trevor Marriot presentó el libro *Jack El Destripador*, que trata sobre la investigación del siglo XXI, de donde surge la teoría de que el asesino pudo haber viajado de Nueva York a Nicaragua.

En enero de 2009 el libro se presentó en la Librería Estudio en Escarlata, en Madrid, España.

Sherlock Holmes a la caza de *Jack El Destripador*

I

Despertó a las cinco de la mañana, en el preciso instante que atacaban el aguacero y el dolor artrítico en la espalda.

Al asomarse al patio, envuelto en su sábana con el cabello alborotado y apoyado en su bastón, vio que no era uno de esos temporales acostumbrados.

Tras salir desafiando la lluvia, sintió en su cabeza y sus hombros la fuerte metralla de las gotas y los cuerpos de las mariposas muertas. Caían miles ahogadas, pequeñas y grandes, adornando con amarillo el paisaje esmeralda de los dentados árboles y la desarrollada hierba salvaje que se extendía hasta las montañas.

Imperturbable, volvió hacia adentro sacudiéndose los cabellos y los hombros, dejando por el suelo de la sala el reguero de mortandad. Escuchó en el techo el golpeteo de las gotas como si fuera arena, pero al instante lo olvidó.

Por un momento observó la pobreza de su casa: el desvencijado mobiliario, la mesa desnuda y gastada de tanto

lavarla, la mecedora chillona, las divisiones de los cuartos con biombo de tela curtida por el polvo, el fogón en el que ardía la madera, el triste humo que salía a encontrarse con el vendaval, el piso de tierra y las paredes descoloridas y abandonadas a la suerte de las arañas.

Caminó despacio como si no quisiera perder la imagen de la miseria que lo envolvía. Tras la inspección que confirmó la misma derrota de los últimos años, entró al cuarto y tiró la sábana sobre la cama. Se vistió, fue a la cocina, preparó café y se sentó a saborearlo en la mecedora, escuchando sin espantarse el furioso embate de las gotas y el caer de las mariposas muertas.

A él nada lo asustaba.

El año pasado había llovido sapos y culebras, por lo que esto ya no era novedad en la misteriosa naturaleza de torcido y alocado trópico donde había nacido y crecido.

Ya había visto caer nieve en Estelí, oro del tamaño de melones como adornos de sala en las casas de Chontales, ríos cargados de excedente leche y miel que desechaban los hacendados en Santo Domingo y la peligrosidad del Río Grande de Matagalpa, que el año pasado había inundado

cuarenta comarcas de la zona en tres horas, obligando a una mujer a parir en la cima de un árbol.

Mientras amainaba el viento y la lluvia, desayunó una tortilla de maíz con queso y crema, más otra taza de café y dedicó la mañana a organizar su viaje.

Estaba empeinado en recorrer esta importante jornada de su vida en carruaje y no en tren, aunque le tomara dos días. Era una travesía que lo llevaría a la última etapa de sus glorias.

Dejó la casa al cuidado de su vecina, una nerviosa mujer de cabello en forma de mata alborotada, que desde el amanecer alertaba sobre Armagedón y el noveno día, debido a las señales en el cielo. En cada palabra dicha dejaba ver el último diente que le quedaba. Con sus manos temblorosas y aunque nadie le ponía atención seguía insistiendo sobre el fin del mundo que se anunciaba en la lluvia de mariposas muertas.

El viejo salió a la calle que estaba cubierta de chocolate derretido. Cargaba una maleta de cuero de vaca que dejó en el suelo para que el chofer del coche la guardara. Contenía cinco trajes, su discurso y documentos, como la carta de rechazo al ascenso de general, reportes militares de las

ahora lejanas pero memorables batallas ganadas más por astucia que por logística y las misivas perfumadas de flor de jazmín que le enviaba a Eulalia □ a quien llegó a amar tanto que adoraba hasta el suelo que pisaba □ cuando estaba en campaña militar.

Todo estaba bien doblado y acomodado por él mismo. Era lo que más le importaba. Podría fallecer hoy, pero lo que había en esa valija seguiría hablando de él, muchos, muchos años más de lo que imaginaba.

Ahí estaban, según creía, las pruebas de que el destino de este pueblo había sido forjado, cambiado y materializado por él y por cada una de sus decisiones tomadas, más que por intervenciones divinas.

En el otro baúl, bañado de una gruesa película de polvo que estaba debajo de la cama de su cuarto, quedaba una cosa olvidada y de gran valor. Ya afuera, hizo un repaso de las piezas empacadas hasta sorprenderse de su negligencia. Dio media vuelta y entró apresurado a la casa, como si el objeto en cuestión tuviera piernas para salir huyendo.

Era un revólver Colt Paterson cuarenta y cinco de cañón largo, de la primera serie sacada al mercado en Estados Unidos en 1836 y que la obtuvo como trofeo de uno de sus